



Paseo de Isabel II en la Habana.

La alameda de Isabel II tiene su nacimiento al lado del Campo de Marte, y frente á la puerta de tierra. Su prolongación es en escamuros y paralela á la muralla, desde el referido campo hasta la altura del cuartel de presidiarios en el campo de la Punta. Hermosas fuentes adornan sus arboladas calles, siendo de notar la de los *Leones* junto al mencionado cuartel; la *Bústica ó Casada* en el centro del paseo; y la de la *India* en el nacimiento de éste frente al campo militar. Esta última merece que nos detengamos un momento en ella.

La fuente de la India en la Habana únicamente puede tener alguna comparación con la de *Cibeles* en Madrid. Una colossal estátua de hermosa piedra recostada muellamente sobre una especie de carroza, y con el cuerpo de la abundancia á su lado, representa el tipo perfecto de la raza india, cuyas formas y contornos están desecitos con una limpieza y verdad admirables. Algunos géneos y objetos alegóricos se arastran al pié de la imagen. Del suntuoso pedestal sobre que ésta se halla colocada salen cuatro gruesos caños que depositan el líquida cristal que por ellos pesa en un limpio pilón. Una hermosa verja de listones rodea la fuente, y un lindo jardinillo embalsama con sus perfumes el espacio que media entre la verja y el pilón.

El busto de S. M. la reina doña Isabel II variado en bronce se ostenta circuido en un hermoso barandillaje en el centro de la alameda, y entre la puerta de Monserrate y el gran teatro de Tacón.

En la conclusión del paseo se encuentra el *cuartel de presidiarios*, obra de pequeño mérito y cuya construcción costó 432,884 pesos y 5 reales.

Ensayo crítico sobre las obras de Aristóteles.

Antiqua comedia sinceram illos sermone
atq; gratum prope sola retinet. Quinti-
liano, Inst. orat. lib. 10, t. 1.

Es tan notorio el desecido que en el estudio de las letras griegas y latinas se ha introducido en estos tiempos, y son tan débiles las razones que se alegan para disculparlo, que causa lástima y admiración considerar que yacen en el olvido las obras que cibarón las frentes de Píndaro y Horacio con los laureles de la inmortalidad. Uno de los rasgos característicos del siglo que atravesamos, es el de menospreciar

todo lo antiguo sin exámen ni criterio, creando tendencias é instituciones nuevas, que para ser estables necesitan apoyarse en los cimientos que erbaron las generaciones pasadas en su progresivo desarrollo. No hay duda de que ciertos elementos de la sociedad antigua se diferencian notablemente de los de la nuestra: su religion, su constitución social, y sus costumbres adolecían de una tinta sensualista, que los esfuerzos de Platon y de Zenon de Citium no pudieron desterrar; porque luchaban con preocupaciones arraigadas que oponían una fuerza invencible á sus intentos; pero lo bello y lo verdadero siempre es uno, cualesquiera que sean las vestiduras con que se cubra, y si en las ciencias y en las artes encontramos verdad y belleza, los varios errores de un siglo presuntuoso no serán obstáculos suficientes para desacreditar las obras eternas que nos legaron Grecia y Roma.

Nadie desconocerá la influencia salubable que la literatura latina ha ejercido en la española clásica, y el profundo estudio que de la misma hicieron los escritores en prosa y verso que mas celebridad alcanzaron entre nosotros. Para apreciar exactamente la originalidad de Saavedra Fajardo, de los Argensólas y del tierno Garcilaso, es indispensable conocer de antemano la profundidad y concision de Tácito, la filosofía, elegancia y gusto de Horacio, y las innumerables bellezas que maravillosamente manaban de la pluma de Virgilio. ¿Y quién negará que esos mismos historiadores y poetas latinos se formaron con la atenta observación y lectura de los escritores griegos, como Tucídides, Píndaro y Teócrito? Y no se crea que las obras de estos grandes hombres sirven tan solo como monumentos que demuestran el estado de la literatura de su época; porque las letras latinas y griegas, como las de todas las naciones, son un vivo reflejo de la sociedad en que se escriben, y á veces se obtiene mayor utilidad del exámen del carácter é ideas del escritor que de los hechos que nos comunican, y de las bellezas que intenta manifestarnos.

Si prescindimos de estas observaciones literarias y filosóficas y pasamos á las biológicas, encontraremos tambien razones que confirman nuestra opinión. La lengua griega fué madre de la latina, y esta de la española. Nuestro armonioso y abundante idioma, en fluidez y la libertad de su sintaxis, no pueden estimarse sin tener conocimiento del latino que le trasmitió sus giros y construcciones atrevidas; y la magestad y riqueza de la expresion. Si hoy resucitáran Herrera y Cervantes y vieran el lastimoso abandono en que ha caído nuestra len-
20 DE ENERO DE 1851.

gua; quizá se compadecerían de la negligente generacion que ha olvidado sus afanes y esfuerzos en enriquecerla.

Peró los clásicos griegos y latinos que fueron las delicias de Corneille, Racine y Moliere se estudiarán también en lo sucesivo, si nuestros poetas dramáticos quieren dar á sus composiciones la solidez y agradable sabor que se recoge de su atenta lectura. En ellos se encuentran bellas y olorosas flores que pueden adornar las obras dramáticas modernas, como sucedió á las del siglo de oro de nuestra literatura; y pues que la poesia dramática en lo que mas se cultiva en estos tiempos; coadyuvemos en cuanto nos sea permitido á darle una direccion brillante esponiendo en estas breves y mal trazadas líneas los pensamientos que nos ha sugerido el estudio de las comedias de Aristófanes, célebre poeta cómico griego, de quien mucho se ha escrito y hablado, casi siempre sin preceder los trabajos que estas materias requieren.

La comedia griega, así como la tragedia, nació en las fiestas de Bacó, y conservó por algun tiempo el sello procaz y licencioso que dominó despues en las obras mas regulares de Aristófanes, que es también el poeta cómico griego mas conocido. La estremada mordacidad de este espectáculo primitivo no perdonó á ningun personaje de la república, envolviendo en sus amargas sátiras á los generales, los magistrados, los escritores y hasta el sagrado del hogar doméstico. Diferenciábase de la tragedia, no solo por el objeto en que se ocupaba, sino también por el uso que hacia de los coros en las parábases. En ellas presidia el coro de la acción de la comedia, y dirigiéndose al auditorio, expresaba, como Plauto y Terencio en sus prólogos, ya las rivalidades del poeta, ya sus triunfos, ó las sátiras que lanzaban contra los que queria hacer odiosos al pueblo.

Suscribió de Megara ó de Icaria parece haber sido el primer poeta cómico. Crates y Epicharmo perfeccionaron despues este nuevo género literario, sucediéndoles Cratino, Eupolis y Aristófanes.

No sabemos dónde nació Aristófanes ni el año de su nacimiento, y solo podemos afirmar que vivió hasta el de 388 antes de J. C. Fue contemporáneo de Sócrates y de Eurípides y sostuvo contra Cleon un litigio que se decidió en su favor por disputarle el título de ciudadano de Atenas. Compuso cincuenta y cuatro comedias, de las que se conservan once: Los Acharneos, Los caballeros, Las Nubes, Las Abispaes, La Paz, Los Niños, Las Mujeres que celebran la fiesta de Ceres, Senestría, Las Mujeres, Las Oradoras ó el congreso femenino y Pluto.

Los Acharneos, representada en el año 6.^o de la guerra del Peloponeso (436 antes de J. C.), tuvo por objeto demostrar á los atenienses las ventajas que se seguirían de la paz. La escena es en Acharna, ciudad del Acha, cuyos habitantes se ocupaban en su mayor parte en el comercio del carbón, por lo cual se compone el coro de carboneros. El poeta fingió que un Acharneo, llamado Dicoepolis, ha pactado con los laccedemonios la paz respecto de su persona y familia, mientras que sus conciudadanos sufren las vejaciones consiguientes á la guerra promovida por Cleon y Lamacho, generales atenienses. Dos escenas notables hay en esta comedia: la una describe los preparativos que se hacen en la casa de Dicoepolis para un soberbio festin, en contraposición al trazojo de Lamacho que se apresta para la guerra; forma un contraste admirable la bullonosa alegría que reina entre los criados de Dicoepolis con la tristeza de los de Lamacho, y al poco tiempo aparece Dicoepolis sostenido por sus esclavas, casi embriagado, y Lamacho por dos guerreros, dando y confuso de resultas de la pelea; la otra, que es una sátira cruel contra Eurípides, pinta la perplejidad de Dicoepolis que va á ser aprehendido por su inteligencia con el enemigo y que se resuelve á consultar á Eurípides acerca de los medios de que dispone para salvarse; pidele alguna diestra, algunos harapos de los que sacaban á las tibles los personajes de sus tragedias, y Eurípides le presenta los de Oeneus, Phoinix, Philoctete, Belleophonos, Telefo, Thieste, Iun, y otros objetos, símbolos de la miseria; quéjase el trágico de que se le despoja de los elementos de toda una tragedia y de que se le interrumpa en sus estudios; y al cabo estalla con furia su indignación cuando le exige un puñado de yerbas de las que vendía en madre, Aristófanes, que despues hace su propio elogio en boca del coro, aludia con esta expresión al oscuro nacimiento de Eurípides, como si la fuerza del ingenio en una persona humilde que obtiene la aureola de la inmortalidad, no fuera una salidad digna de la mayor alabanza.

La comedia que se titula Las Nubes, tan célebre por intervenir Sócrates en ella, como uno de los principales personajes, se representó en el año de 415 antes J. C. La escena empieza en el dormitorio de Strepside, ciudadano de Atenas, arruinado por el libertinaje de su hijo, cargado de deudas, que solo piensa en los medios de eximirse de su pago. Derribase á consultar á Sócrates, sofista de los que dicen que el cielo es un toro y que los hombres son cachones encendidos, y de los que prueban con la fuerza de su lógica que el día es noche y la noche día. El discípulo de Sócrates se opone á que Strepside aprenda los secretos de la filosofía. Son grandes misterios, dice el trágico: no hace mucho que preguntaba Sócrates á su discípulo Cle-

rephon por el espacio que podría saltar una polga. Entonces llamé á Sócrates al filósofo con toda la fuerza de sus pulmones, y apareció Sócrates en el aire, columpiándose en una cesta. Conjurale por todos los dioses que oiga su petición. Poco á poco, le responde, ¿por qué dioses juras? En mi escuela no se admiten los dioses del país. Al oír esto, le pregunta Strepside que cuáles son los suyos, y Sócrates le replica que las nubes. Accede por fin á su demanda y le enseña mil sutilezas escolásticas, obligándole á hacer una profesion de fé religiosa, conforme á las doctrinas que el poeta atribuye á Sócrates, y que acepta Strepside por conseguir su objeto. Encantado de esta entrevista, invita á su hijo Philippides á escuchar las lecciones del sabio, al que lo presenta; rogándole que le enseñe los dos puntos capitales de su doctrina, las nociones de lo justo y de lo injusto que aparecen personificadas, disputando entre sí. Su discusión termina de este modo:

—Dime, dice el injusto. ¿quienes son nuestros oradores?

—Infames, le contesta el justo.

—Bien, convengo. ¿Y nuestros poetas trágicos?

—Infames.

—Perfectamente dicho. ¿Y nuestros magistrados?

—Infames.

—Muy bien. Cuenta ahora los espectadores. ¿Son los mas hombres de bien? Obsérvalo.

—Hay mas infames, lo confieso.

—Y si esto es así, ¿qué me podrás replicar ahora?

—Que he perdido.

Philippides, mientras tanto, aprende tan sublimes principios de su maestro, que golpea á sus acreedores y á su mismo padre, á causa de una cuestion que se habia suscitado hablando de Eurípides, probándole despues filosóficamente que tenía razones para obrar de esta suerte. El coro, compuesto de nubes, falla la cuestion en favor del hijo. En el último acto hay una parodia del discurso de Platón á Academos, de Eurípides.

Los críticos se han dividido al emitir su opinion acerca de la influencia que pudo tener esta comedia en la condenación de Sócrates. Nosotros, respetando el parecer de los que sostienen la afirmativa, creemos lo contrario, y nos fundamos en el intervalo de veintidós años que transcurrieron desde su representación hasta el juicio de Sócrates, en que Aristófanes fué constante amigo de uno de los mas famosos discípulos de aquel filósofo, y en que los mismos jueces que lo sentenciaron á heber la cuenta fueron también los perseguidores de Aristófanes. Sabemos también que el divino Platon era apasionado admirador del poeta cómico, que leia sus obras con frecuencia, y que envió á Dionisio el Anciano esta misma comedia para que conociese el gobierno y la sociedad de Atenas. Si el ajuste académico fué el marcelino filósofo que salió de la escuela de Sócrates, del cual recibió siempre las mas sonadas muestras de preferencia, profesándole tal respeto y amor que casi rayaba en adoración; ¿cómo podremos creer que tributase á Aristófanes tan grandes elogios si éste hubiera sido alguno de los resortes de que se valió la calumnia para sacrificar á su maestro, obligándole á recular su doctrina, temeroso de las persecuciones de que fué víctima el virtuoso sabio? En Atenas habia entonces dos partidos literarios: el de los sofistas ó filósofos y poetas trágicos, y el de los poetas cómicos. Sócrates no habia atacado aun las vanas cavilaciones de las escuelas con su contundente dicción, y siendo considerado como un sofista, Aristófanes lo escogió por blanco de sus tiros, á semejanza de lo que antes hizo con generales y otros personajes ilustres.

Los Niños se representaron en el año de 415 antes de J. C. El argumento es el siguiente: dos ciudadanos de Atenas, llamados Pisthetele y Evelpis, arruinados por los pleitos, buscan á Tereo, y consiguen que, ayudado de otras aves, edifique en el site una ciudad para impedir la comunicacion entre los dioses y los hombres; pero los dioses, viendo que no podían permitir el incenso de los sacrificios, envían á los habitantes de la nueva ciudad á Hércules, Neptuno y un dios Thracio que habla el griego de una manera ridícula á fin de apartarlos de su propósito: la ciudad habia tomado el nombre de Nephelococigia (ciudad de las nubes y de las aves), y los que la formaban no transigen con los dioses; uno, despues de obtener de ellos que ensen á la bella diosa ó la dominacion con Pisthetele, que habia sido nombrado rey.

Muchos atenienses y laccedemonios, perdidos y deshonrados por sus excesos, acuden á Nephelococigia y son admitidos á sus privilegios y magistraturas. Uno de ellos es un poeta que llega cantando de esta suerte: —Musa, ensalza la feliz Nephelococigia. Pisthetele le pregunta su nombre y el de su patria: —Yo soy, responde, sirviéndome de la expresión de Homero, el fiel siervo de las musas; de mis libros mana la miel de la harmonía.

Pisthetele. —¿Por qué habéis venido á estos lugares?

El Poeta. —Yo, rival de Simónides, he compuesto cánticos sagrados de todas especies, para todas las ceremonias, en loor de esta mu-

va ciudad, cuyas alabanzas no cesaré de contar. ¡Oh padre! ¡oh creador del Etna! que yo reciba los innumerables dones que para ti quisiera. (Esto es la parodia de algunos versos compuestos por Píndaro á Hierón, rey de Siracusa.)

Pistheteer (aparte).—Creo que este hombre me atormentará con sus sandeces hasta que le haga algun presente. Escuchad (dirigiéndose á su esclavo), Dale tu vestido y conserva la túnica. Tomad este vestido (al poeta), porque teneis traza de estar yerto de frío.

El Poeta.—Mi musa acepta con gratitud vuestros dones. Escuchad ahora estos versos de Píndaro. (Suena parodia por la cual pide la túnica del esclavo, Consueña y se retira cantando.)

Pistheteer.—Felizmente me libré de la frialdad de sus versos. ¿Quién diría que esta plaga hubiera también de buscarnos? Pero presigamos nuestro sacrificio.

El Sacerdote.—¡Silencio!

Un adivino con una lira.—No toqueis á la víctima.

Pistheteer.—¿Quien sois?

El Adivino.—El intérprete de los oráculos.

Pistheteer.—Tanto peor para vos.

El Adivino.—Cuidado con lo que haceis, perdiendo el respeto á las cosas sagradas. Yo vengo con la intencion de referiros un oráculo, concerniente á la nuestra ciudad.

Pistheteer.—Mas valia que lo hubierais declarado antes.

El Adivino.—No ha sido tal la voluntad de los Dioses.

Pistheteer.—¿Lo manifestaréis?

El Adivino.—Como vivan juntos los lobos y las cornejas, en la manera que separó á Sygona de Corinto... (Habia un oráculo célebre que comenzaba con estas palabras.)

Pistheteer.—Pero qué tengo yo que ver con los corintios?

El Adivino.—Sin duda no entendéis el sentido misterioso que seña la, el oráculo se refiere á la rejion del aire en que estamos. Oid lo restante: «Sacrificareis á la Tierra un macho de cabrio, y daréis un elegante vestido y calzadú nuevo al primero que os declare mi voluntad.»

Pistheteer.—¿Conque tambien habla del calzado?

El Adivino.—Tomad y leed. «Ademas una botella de vino y las enaguas de la víctima.»

Pistheteer.—¿Y las entresías?

El Adivino.—Tomad y leed. «Si ejecutais mis órdenes, aventajareis á todos los mortales tanto como el águila á las otras aves.»

Pistheteer.—Calle, ¿conque tambien eso?

El Adivino.—Tomad y leed.

Pistheteer.—Yo tengo escrito en estas tablillas un ordeno de Apolo, que sé diferenciar algo del vuestro. y es el siguiente: «Si alguno sin ser invitado, tiene el atrevimiento de introducirse entre vosotros, de tarbar los sacrificios con sus importunidades, y de exigir alguna parte de la víctima, lo mataréis á palos.»

El Adivino.—Me parece que os chancéis: ¿no es así?

Pistheteer.—Tomad y leed. «¿Unque sea un águila, aunque sea el impostor mas lustre de Atenas, sacandile y no le perdonéis.»

El Adivino.—Pero dice eso el oráculo?

Pistheteer.—Tomad y leed. Fuera de aquí, y partid á otro lugar á referir los vuestros.

Para hacer la crítica de las composiciones de Aristófanes, es necesario que nos revistamos de la más rigurosa imparcialidad, desechando las preocupaciones que hayamos adquirido, y trasladándonos con la imaginacion á la sociedad ateniense de aquellos tiempos. Las declaraciones de los demagogos arrastraban al pueblo á acometer empresas imprudentes: los sofistas habian conculcado los fundamentos de la moral y de la justicia; los vicios mas repugnantes invadían á todas las clases del estado, y la esclavitud y el politicismo con todas sus consecuencias mezclaban con fuerza los cimientos de la vida pública y privada. En vano, pues, buscaríamos en las comedias de Aristófanes esos sentimientos dulces y tranquilos que el cristianismo ha introducido entre nosotros; en vano buscarémos la galantería y caballería que distingue á los personajes de los dramas de Calderón y de Lope; ni el sublime idealismo que reina en las concepciones de nuestros grandes dramáticos. Sus comedias se resienten de la inmaridad de la época, y debemos confesar que, aun cuando combale muchos vicios vituperables, y se inclina siempre al partido de los hombres de probidad, no opuso sin embargo al torrente de la corrupcion las fuertes diques que su talento y posicion podian presentar. El bello sexo no tenia tampoco entre los atenienses la influencia que á causa de la igualdad cristiana ejerció despues sobre las acciones de los hombres: de aquí provino la falta de decoro que encontramos, en sus obras, que llega hasta el último punto en la comedia titulada *Lisistrata*, haciéndonos apartar la vista de aquel cuadro de obscenidades y formar del pueblo que las toleraba una idea no muy favorable á su educacion moral. El poeta dramático es el que debe tener mas presente el precepto de instruir y deleitar con sus escritos; pero de modo que no desagrade con sus áridas predi-

ciones, ni embriague con la pintura de acciones ó caracteres que inoculen en el alma máximas peligrosas.

La regularidad del plan y la invencion no incrementaron la preferencia de Aristófanes. Notado de una voz cómica extraordinaria, derramaba profusamente la sal ática, y á trueque de hacer reir y de ridiculizar á cualquier personaje, descaidaba la verosimilitud y la decencia. La animacion de sus diálogos es admirable, y la sorprendente facilidad con que maneja su lengua. Abunda en juegos de palabras, en dicciones compuestas con extravagancias, y á veces en verdaderas rimas; pero su estilo es siem re modelo de aticismo, y sus métricos, aunque caprichosamente variados, no dejan de tener cierta simetra.

Voltaire, fundándose en la opinion de Plutarco, habia juzgado las composiciones de Aristófanes en un sentido desfavorable al poeta, sin comprender el carácter especial del teatro griego, y las grandes bellezas dramáticas que en sus comedias mas inferiores en ascension encuentran el imparcial crítico. Pero examinándolas con detenimiento, observamos tales bellezas, que admira la ceguedad que en los ojos mas perspicaces puede arrojar la preocupacion, en especial cuando se revista de cierta firmeza en sus juicios, inspirada por la reputacion literaria que se ha logrado alcanzar.

Casi todas sus comedias tuvieron algun fin político ó social de la mayor importancia, al cual hacen frecuentes alusiones que nosotros no podemos comprender, porque no vivimos en la sociedad en que se escribieron; ¿Cuál es la causa de que algunas producciones de Calderón que obtuvieron gran éxito en su época no satisfagan hoy á los que las ven representar de nueva? Creemos que á esto se debe replicar que los hombres del día no son los mismos que los del tiempo de Felipe IV; que las costumbres y preocupaciones sociales han experimentado grandes mudanzas, y por último, que hoy no se tiene del teatro la idea admitida en aquel siglo. Si suponemos que un espectador de las comedias de Plauto observase la representacion de algun drama moderno, entendiendo su idioma, y nos espusiese la opinion que de él hubiere formado, hay razones para pensar que la estrañeza de un espectáculo tan diverso de los que hasta entonces habia presenciado, no le permitiria estenderse á comentar su mérito ó demérito. Las obras dramáticas son juzgadas por un magistrado incorruptible, que es la opinion pública. Ademas de que en Atenas se aplaudian con entusiasmo las comedias de Aristófanes, confesando muchos eruditos que habia reunido en ellas todo lo bueno que se hallaba diseminado en las composiciones de varios poetas que le precedieron, es necesario que no olvidemos la ilustracion y depurado gusto del pueblo de aquella ciudad. La decision del mayor número en materias de belleza no debe valer tanto como las qualidades de que se encuentran revestidos los que critican. Los mismos ciudadanos que lloraban las desgracias y crímenes de Edipo, obedeciendo á la fuerza incontrastable del destino, asistian despues á la escena para gozar de las parodias de la comedia antigua, y de las sátiras y alusiones personales del poeta cómico.

Los dramáticos mas eminentes se han distinguido por el feliz acierto con que satisficieron á las necesidades y deseos de los espectadores contemporáneos: Aristófanes comprendió la sociedad que habia de juzgarlo, retratóla fielmente en sus comedias, y ella, viendo la verdad y energía de su pincel, victoreó con frenesí al ingenioso poeta que tan bien conjunta sus rasgos y estudiaba sus debilidades. Eran, pues, las comedias de Aristófanes esencialmente nacionales, y por eso obtuvieron la aprobacion y aplauso universal.

Su imaginacion no conoció limites de ninguna especie. Los Dioses, los hombres, el cielo, la tierra, todo encontró cabida en sus obras. Proponiéndose siempre un objeto fijo, creaba las situaciones y los caracteres que le servirian para conseguirlo, y les daba vida y movimiento con su agudeza incomparable, con la animacion de sus diálogos, con su rica poesía y con la sonoridad y dulzura de sus versos. Mezcla todos los dialectos, usa de las expresiones mas suaves del pueblo, y se eleva en ocasiones á las arrebatadas y sublimes inspiraciones de la poesia dithyrambica. Sin embargo, no está exento de defectos: ya hemos indicado los mas notables, advirtiendo que la sociedad corrompida en que vivía, el origen y progresos de la comedia antigua, y otras causas, le exinan en parte de las inculpaciones que pudieran hacersele.

Peró concluyamos este artículo, y tengamos presente que el estudio de los buenos modelos no debe hacerse de un modo individual y sistemático, imitando todo lo que contienen sin discernir sus faltas y bellezas. La correccion y delicadeza de gusto no se adquieren sino despues de penosos trabajos y profundas reflexiones que abren á los grandes ingenios sendas no trilladas, si bien próximas á abismos y precipicios que no se salvan en todas ocasiones. Así se ha reconocido hasta ahora por claros y ejercitados talentos; así nos lo dice nuestra propia conciencia que desahnde las sugerencias de la pedanteria y del amor propio. Y ciertamente vendrá un tiempo en que renazca la afición á los clásicos griegos y latinos, porque las preocupaciones fundadas en la ignorancia y el error, cesen y se destruyan por sí mismas, quedándose asiénto firme que las sostenga.



ANTIGUEDADES DE HERCULANO.

El jarrón y el bajo relieve que representan nuestros grabados, están copiados fielmente en vista de estos objetos, que pertenecen á los descubrimientos hechos en las escavaciones de Herculano. Serían in-



útiles las líneas que empleáramos en hacer notar la belleza de estas dos obras de arte, porque á primera vista sorprende la elegancia de la forma y la corrección y gusto del dibujo.

ATRÁS.

Artículo inédito (1).

Hé aquí el inconveniente de andar damasgado: en un año, nada más que en un año, nos veíamos libres, como quien dice; ya se habían hecho dos ó tres ejemplares, lo menos, con carlistas; se habían convocado córtes; se había echado abajo, no sin dificultad, el voto de San-

(1) Este artículo fue prohibido por la censura, en vista de lo cual Figuro escribí otro titulado *delante que saldrá igual suerto* y que también publicaremos.

tiago; todo el voto de Santiago; se había discutido largamente, muy largamente, la tabla de derechos; no se habían prohibido en todo el año más que cuatro ó cinco periódicos de real orden; se había mudado el nombre de ministerio de Fomento en ministerio de lo Interior, y el de subdelegado en gobernador; se había protegido tanto á la Milicia Urbana, que ya la teníamos dividida por cuarteles; y se había animado tanto el espíritu público, que ya había cuatro batallones, cuatro, en Madrid, en todo Madrid; cuidado si habíamos adelantado: se podía imprimir todo lo que permitían los censores régios; y en fin, asómbrense VV. de lo que habíamos andado: ya varias veces había prometido el gobierno dar la ley de ayuntamientos. Pues alguna vez había de haber llegado. Mas; ya habíamos conseguido dos victorias en Navarra.... Pero ¿á dónde iríamos á parar si siguiéramos así? Acabaríamos puede ser por ser felices, sin habernos costado más que cuatro discusiones acaloradas, y algún desafío pacífico. Hé aquí lo que han visto claro los que miran por nosotros, y han dicho: — ¡Atrás! ¡Esta España vá que vuela! á este paso el año 1900 ya es libre. — Y han añadido: *el ministerio de hoy es un ministerio republicano, anárquico: hagamos un ministerio compacto.*

Ya quisiera yo ver un ministerio compacto: un ministerio que nos ataje un poco en esta carrera rápida que llevamos: cuidado si vamos deprisa: un ministerio que verifique la fusión: que no eche á ningún pobrecito de los diez años, ni admita á ningún afortunado de esos de los tres: un ministerio que sea el justo medio, entre Cea y el justo medio; que se coloquero entre setiembre del año pasado y setiembre de éste, si cabe en tan corto trecho: un ministerio enérgico que dé un poco en la cabeza á estos liberalazos españoles tan exigentes, tan alborotados, tan indomables, y que acabarán por salirse con la suya con los medios que ponen: en una palabra, un ministerio que nos dé lo que necesitamos: no libertad, que esa ya tenemos mucha, demasiada, tanta que esto es un desórden: sino un poco de freno; un poco de despotismo, que nos está ya haciendo falta; un ministerio juicioso, moderado, mas moderado, mas juicioso que éste, que vaya mas despacio todavía que el actual, que no nos precipite, como vá á hacer éste; andando el tiempo, en el abismo de nuestra libertad y de nuestro bienes-

tar. Esto es lo que se me va á dar: ¡gracias á Dios que nos pararemos no para! ¡gracias á Dios que dejaremos de andar deprisa! ¡gracias á Dios que volveremos atrás!

FIGARO.

DOLORES.

CAPÍTULO IV.

EL MÉDICO.

Los balcones de la casa del adelantado estuvieron cerrados toda aquella tarde; las personas convidadas para contemplar desde ellos el espectáculo marcial que se ofrecía en la plaza, recibieron aviso á última hora de que un repentino y peligroso accidente sobrevenido á la hermosa hija de los condes de Castro, privaba á aquellos señores del placer de recibir á sus nobles amigos y bullirio delante de la casa de Sandoval, reinaban dentro de esta el pesar y la consternación, porque la situación de Dolores adquiría por instantes mayores apariencias de gravedad. Dos horas permaneció privada de sentidos, no obstante habersele prodigado todos los auxilios posibles bajo la dirección del doctor Yañez, que era reputado uno de los mas hábiles discípulos de Hipócrates y Galeno, y cuando se consiguió por último hacerla volver en sí, la salvó inmediatamente violentísima fiebre que comenzó con terribles convulsiones, haciendo concebir al médico serias inquietudes que no procuró ocultar. No se apartaba D. Diego de la cabecera del lecho en que yacía su hija, mostrando el estremo de su cariño hacia ella en la angustiosa perturbación que lo dominaba, y en medio de la cual daba incesantemente las órdenes mas contradictorias á su atribulada servidumbre. Mari-García cuidaba de reutilizarla, asistiendo á la enferma con mucha mayor serenidad y no menor eficacia; pero la condesa se mantuvo en su aposento, contentándose con enviar de rato en rato á su doncella de confianza Isabel Perez, para que se informase cuidadosamente del estado de la jóven.

Quando se terminaron las justas D. Juan de Avellaneda y Gutierrez de Sandoval, sobrino del adelantado, se presentaron juntos en aquella casa consternada: el primero fué introducido al punto en el gabinete en que se hallaba su hermana, y el segundo se encargó de recibir á las innumerables personas que se apresuraban á cumplir los deberes de la amistad yenda personalmente á tomar noticias de la desgracia ocurrida, manifestando á los interesados la parte que en su pena les cabía. De los primeros que se presentaron fueron D. Alvaro de Luna y su jóven deudo Rodrigo; mas ni el vivo interés que espresó aquel en los términos mas corteses, ni la verdadera y congojosa ansiedad que se pintaba enérgicamente en el semblante del otro, merecieron grandes muestras de gratitud por parte del jóven Sandoval, que sostuvo la visita con ceremoniosa urbanidad, en la que se traslucía fiadamente cierta especie de violencia. Rodrigo, por lo tanto, salió de la morada de su ídolo sin haber alcanzado á comprender ni la causa ni la gravedad del accidente por las lacónicas respuestas que hacia Sandoval á sus multiplicadas preguntas, pero presintiendo no obstante mucha parte de la verdad del suceso. Agitado por los recelos mas crueles se puso á rondar el pobre jóven á los alrededores de la casa, y á pesar de la intensidad del frio pasó toda la noche en aquella plaza tan concurrida y bullidosa algunas horas antes, y entonces solitaria, silenciosa y oscura.

El alférez mayor conferenció largo tiempo con su hermana, y fué resuelto de la plática que, hácia las doce de la noche, se presentára la condesa, acompañándole él, en la estancia de la enferma. — ¿Cómo está? preguntó á su marido que permanecía al lado del lecho burliendo entre las suyas una de las manos de Dolores. — Ya lo veis! contestó con ahogada voz el padre. El médico se ha marchado hace poco para volver á las dos, hora en que cree posible se verifique la crisis. Esto no será nada, articuló doña Beatriz inclinándose sobre la cama para examinar de cerca el semblante de su hija: la herida que al caer se hizo en la frente no es mas que un leve rasguño; añadió sentándose cerca de su esposo con apariencia de calma. D. Juan de Avellaneda se acercó tambien, y como se preciaba de conocedor, pulsó á la doliente, y repitió lo que habia dicho su hermana. — No es nada. Algunas semanas de sosiego en el convento en que pasó su infancia, dijo doña Beatriz, la vestirán completamente la salud y la alegría. — De todos modos, añadió D. Juan, mádame mismo debéis poner en conocimiento de S. A. la dolorosa impresión que parece haber cau-

sado en esta niña el proyectado consorcio. Es motivo mas que suficiente para que se desista de tan absurda idea.

Nada dijo el conde respecto á lo que su mujer y su cañigo acaban de espresar, pero se inclinó para besar la frente de su hija murmurando sobre ella. — ¡Vive Dolores mía, vive! es cuanto mi corazón le pide.

El alférez mayor se despidió entonces, ofreciendo volver al día siguiente, y la condesa (que lo acompañó hasta la misma escalera) torció á situarse despues junto al lecho de Dolores, donde la encontró todavía el doctor Yañez cuando vino á visitar á la enferma. Erán mas de las dos; el médico vió que la jóven parecía tranquila, y D. Diego le dijo con tono de satisfacción. — Hace dos horas que doarme; las convulsiones no han repetido.

Tombó sucesivamente en ambos pulsos el hijo de Esculapio y movió significativamente su voluminosa cabeza cubierta por espesa peluca de recios cabellos envejecidos por el tiempo.

¿Queréis persuadirnos, exclamó con ímpetu la condesa, que es muy grave el estado de esta niña?

—Lo es á mi entender, señora doña Beatriz, le contestó sin alterarse el médico. La jóven paciente ha debido ser afectada por algun dolor inesperado y profundo: algun golpe tremendo ha herido á ese corazón, trastornando toda la armonia del organismo. El alma es aquí la enferma, no me cabe duda, y esta clase de males son los mas oscuros para la ciencia.

A la edad de Dolores, dijo prontamente la condesa, no hay pesares profundos, señor Yañez, y por vivos que puedan pareceros no os alarmarán sus consecuencias.

—No comprendo lo que vuesa merced quiere decir, replió con su imperturbable gravedad el hombre de ciencia. Esta señorita esta dotada de exquisita sensibilidad y de débil complexion: las afecciones morales ejercen una influencia terrible en...

¡Callad por Dios! le interrumpió la condesa con estremado enojo: no me atormentéis la cabeza con vuestras teorías. Yo os digo, señor doctor, que dentro de pocos días estará Dolores tan buena como vos.

—Haga el cielo verdadera la fausta profecía de vuestra merced, repuso el médico; por mi parte repito que el estado de esta señorita me inquieta en sumo grado: que su corazón parece muerto; que de ahí proviene todo; y que nada puedo hacer para remediar los efectos si primero no se me pone en estado de combatir la causa.

La condesa se levantó con el semblante encendido y los ojos fulgurantes: pero su marido, sin darle tiempo de desplegar los labios, pronunció lentamente estas palabras.

El médico es como el confesor: todo debe saberlo. Teneis razón en cuanto habeis dicho, señor Yañez; esta niña está enamorada y ha creído que sus padres podían posponer su felicidad á consideraciones sociales. Cuidadla, asistida, y cuando se halle capaz de comprenderse asegurada, en mi nombre, que no hay sacrificio alguno que no me hallé dispuesto á llevar á cabo por salvar su vida y contribuir á su ventura.

Al acabar estas palabras se salió de la estancia con aspecto triste, pero resuelto, y su mujer le siguió presurosa, dibujándose en sus labios una sonrisa amarga y casi amenazadora.

No emprendieramos la enojosa tarea de pintar detalladamente el largo y borrascoso escena que se verificó entonces entre los dos esposos, á algunas varas de distancia del aposento de Dolores; basta á nuestro objeto asegurar que no olvidó doña Beatriz ninguno de los motivos que creyó convenientes para apartar á su marido del pensamiento que habia osado espresar en su presencia. Reflexiones, reproches, ruegos, enojos, todo fué empleado alternativamente con igual energía; pero el adelantado se mantuvo inflexible, oponiendo á todos los ataques esta sola defensa que le parecia invencible. — Se trata de la existencia de mi hija. Ya habeis oido al doctor: su estado es grave; solo hay un medio de salvarlo, y sea cual fuere ese medio, un padre no puede rechazarlo.

Doña Beatriz intentó en balde convencerlo de que el accidente de la jóven no prestaba fundamento á serias inquietudes; el conde movía la cabeza sonriendo tristemente, y decía sin abandonar su terreno. — Está muy mala: el golpe ha sido cruel, moriva irremediablemente si se continuaba contrariando esa desgraciada pasión que se ha apoderado de su alma.

—Doña Beatriz habló del gran disgusto que causaría al infante aquel ensamiento odioso. Su marido no fué mas sensible á esta consideración que á las que le habian precedido. — No será mayor que el mio el pesar de S. A. (respondió); pero se trata de la vida de mi hija, y ante el interés de tanta magnitud todo lo demás desaparece.

—¿Y si el infante se dijese resudidamente que no presta su consentimiento á pizar de vuestras estirvagentes aprensiones?

—El ensamiento se verificaria lo mismo que si lo aprobase el infante.

—¿Así pues, estais resuelto á hollarlo todo, á despreciarlo todo por...

satisfacer la ambición de unos aventureros y los caprichos de una niña?

—Estoy resuelto á salvar la vida de mi hija cueste lo que me costare, contestaba el conde siempre fijo en su idea.

En efecto, el amor paternal ejerció dominio mas estenso que el orgullo en el corazón de aquel hombre que, según nos asegura un cronista, *era de condicion tratable, sin sñacion, es decir, sin vanidad ninguna* (1).

Rarísimas veces sucedía que se opusiese el adelantado de Castilla á las voluntades de su esposa, con cuyo carácter imperioso observaba por lo comun los mayores miramientos; pero cuando llegaba el caso de que manifestase abiertamente una opinion contraria á la de aquella, sabia sostenerla con tan fria perseverancia que toda la impetuosidad de la condesa se quebrantaba al fin contra su tranquila firmeza. Sabíalo la dama, y comprendió en la ocasion de que hablamos la inutilidad de sus esfuerzos. El conde habia tomado su resolucion y nada era capaz de apartarle de ella.

Doña Beatriz se limitó, por tanto, á hacerle comprender que no estaba por su parte menos firme en su resistencia, y salió de la cámara del conde con el aspecto de un adalid que en el instante de entrar en una batalla de muerte recoge todas sus fuerzas, y las pesa rápidamente en la balanza de su propia conciencia.

Andando maquinalmente se encontró á la puerta de la estancia de su hija y fué casualmente en el momento mismo en que la abría para salir el doctor Yañez. La doncella que le acompañaba continuó andando, precediendo al médico, pero este se detuvo para decir á la condesa en voz baja y con tono satisfecho. —Vá bien: puede vuestra merced renegarse á descansar perfectamente tranquila. La señorita ha tomado un calmante, ha sabido las intenciones de su señor padre, que la he comunicado con las debidas precauciones, y acaba de dormirse profundamente, envuelta en copiosísimo sudor que nos anuncia sin duda la próxima cesacion de la fiebre. Su dueña queda velando á la cabecera del lecho, y como son ya las cuatro de la mañana me retiro á mi casa, si vuestra merced no ordena lo contrario.

—Tengo que hablaros antes, respondió con acento breve la condesa, é hizo al facultativo un ademán imperioso indicándole la siguiente.

La criada, que no habia de ver la detencion del médico, á quien conducía á la escalera, proseguía andando con una luz en la mano y los ojos cargados de sueño, hasta que se encontró con otros dos dormidos de la casa que velaban tambien en el recibimiento, y oyó que la decía uno de ellos. —¡Hola! ¿Viene la hermosa Juana á pedirnos una silla cerca de nuestro fuego? Vedlo qué hermoso está! No tendréis un brazo semejante en el cuarto de vuestra señorita, porque he oído decir que á los enfermos les hace daño el calor artificial: á la verdad bien se puede pasar sin el carbon ó la leña quien tenga en la sangre el fuego de la fiebre, pero vos, pobre Juana, debéis estar tiritando: la noche es á propósito para que uno se hiela velando enfermos.

—Llegaos, añadió el otro: decidnos si aun nos tendrán muchas horas haciendo centinela á la escalera: ¿vá á esperar el día el doctor dentro de la casa?

Juana volvió entonces hácia atrás sus agüellosos ojos y exclamó con sorpresa. —¿Pues qué se ha hecho ese hombre? —Los criados tornaron á brindarle el atadante calor de la gran copa llena de brevas que habian colocado en medio del recibimiento, mas ella sin siquiera daries las gracias desanduvo lo andado en busca del doctor Yañez. No le halló la doncella, como pensaba, ni detenido en los corredores ni en la cámara de la enferma, pero cuando se acercó al gabinete particular de la condesa, cuya puerta estaba cerrada, percibió que hablaban dentro, y puliendo mas que el sueño la curiosidad hizo cuanto le era dado para entender las palabras que llegaban confusamente á sus oídos; pudo le pareció cosa bastante extraordinaria que una señora tan recatada como su ama se encerrada sola con un hombre en aquellas horas, por mas que los años y la peluca del doctor debiesen alejar toda sospecha de cierto género, aun del ánimo mas desconfiado y maligno.

Imposible le fué á Juana, no obstante sus cuidados, oír clara y seguidamente la conversacion de la condesa y del médico; solo pudo recoger palabras sueltas que transmitiémos á nuestros lectores.

—Estais ganado por Rodrigo de Luna, no lo neguéis, dijo doña Beatriz. Os han visto hablar con él esta noche en la plaza cuando salíais de mi casa.

Juana no pudo entender ni una sílaba de la contestacion del doctor, pero oyó en seguida estas palabras de su interlocutora:

—De poco le servirá estar espíando mis puertas, y vos seréis más insensato que él si por la necia esperanza de que su proteccion es alcanzable lo que sin ella merecéis, echais en olvido todo el mal que puede resultáros de tenerme por enemigo. Os hablo con franqueza, señor Yañez: el triunfo que habeis obtenido haciendo temer á un padre la pérdida de su hija, os costará muy caro si no sois bastante hábil para deshacer la hecho. Don Juan de Avellaneda os puede servir tan bien ó mejor que Rodrigo de Luna en lo que solicitais, y no hay nadie en Casti-

lia que pueda salvaros de mi resentimiento si sois bastante loco para desafiarme.

El doctor contestó con calor; pero Juana no entendió mas que estas frases truncadas:

—Vuestra merced me acusa sin razon... no niego que deseo ardientemente conseguir... no permita Dios que yo me atraiga el odio de vuestra merced y de su señor hermano, á quien... infliguenme vmd. por qué medios puedo...

Tampoco se oyeron bien todas las palabras de la condesa que siguieron á las del doctor: estas fueron las mas notables que antendió la doncella:

—Estoy resuelta á impedir á todo trance esa alianza vergonzosa: la malaría antes que dársela por esposa á Rodrigo. Ayúdame ó declaraos en mi contra; ¡pero meditado! Escuchad lo que puedo hacer en favor y en daño vuestro; me conocéis y...

—Vuestra merced usa de una franqueza que euja se le correspondía con la misma...—oyó Juana cuando la condesa cesó de hablar, mas el doctor continuó con voz tan baja, que no le fué posible entender ni una sílaba mas. El diálogo pareció bastante animado desde aquel momento; pero los que le sostenian se habian alejado sin duda de la puerta en que escuchaba la oriada, y apenas logró de vez en cuando percibir confusamente tal ó cual palabra, verbigracia: —Id á hablar con mi hermano...—Una carta del infante...—Lo sostendreis con razon...—Señora condesa ¿y si nada se logra con todo eso, pensais?...—¡Dios mio! ¿lo dice vmd. de veras?...—De todo soy capaz antes que consentir...—Pero señora...—Son inútiles esas reflexiones; si no hubiese otro remedio, no dudéis...—Obedecar á vmd. en tal caso.

Todavía hablaban dentro del gabinete, y todavia escuchaba á la puerta la curiosa Juana, no obstante el poco fruto que alcanzaba, cuando se vió sorprendida de improviso por Isabel Perez, doncella predilecta de doña Beatriz, que venia entonces del cuarto de dolores.

—¿Qué haceis aqui? dijo á Juana severamente, aunque ruidando de no ser oída.

—Ya ves, respondió torbada, me pareció que llamaba la señora, y me he acercado á oír si estaba en efecto en esta estancia.

—Está, dijo Isabel, y yo quedo para si llama; vete á costar, porque te necesita.

Juana obedeció, y casi al mismo instante se abrió la puerta del gabinete y salió el doctor andando de puntillas, pero con aspecto algo tanto pensativo, y mas grave que de costumbre; lo cual no atribuía á un sé qué de maligno y de hipócrita que era natural á su fisonomía.

La condesa mandó en seguida que todos se retirasen á descansar, y ella misma se metió en el lecho despues de haber preguntado por su hija y saber que continuaba durmiendo con tranquilidad, velando su sueño la buena Mari-García.

[Continuará.]

G. G. DE AVELLANEDA.

EL AMOR DE LOS AMORES.

CÁSTIL: CUBERT.

He venido á escuchar los amadores
Por ver si entre sus ojos logro oírte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te amo
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por tí mares de lloro
Me cansé de esperar en las montañas.

La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de octubre...
¡Qué he de hacer allí solo al pié del río
Que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! ¿quién sabe si de tí me alejo
Conforme el valle solitario huyó,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida
Como el Gévara acaso arrebatada,
Dejo mi bosque y á la mar tirada
A impulso de este amor tuyo atrevida.

Mas si te encuentro á orillas de los mares,
Cesaron para siempre mis amores.

Porque puedo decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

CÁNTIGA QUINTA.

Pero tu barca está sobre la arena;
Desierta miró la extensión marina;
Te llamo sin cesar con tu bocina
Y no parecés á calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola
Aguardando á mi amado noche y día,
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez cual la esperanza mía.

Blanca y ligera espuma trasparente,
Ilusión, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío
El desencanto hielas nuestra mente.

Tampoco es en el mar adonde él mora:
Ni en la tierra ni el mar mi amor existe;
Mas dime si en la tierra le escondiste
O en el centro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Solo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores.

CAROLINA CORONADO.

ORIGEN DE LA CONTABILIDAD POR PARTIDA DOBLE.

Atribúyese generalmente á los florentinos, á esos banqueros de la edad media, la invención de la teneduría de libros por partida doble, y aun exige la tradición que se agradezca especialmente á Francesco Salsetti, banquero de Leon en 1494, este método ingenioso de llevar las cuentas; pero esta invención es muy anterior á los florentinos, á Lorenzo de Médicis, y aun á la introducción de los números árabes en Europa.

Sus principios generales eran conocidos de los romanos. En la defensa de Ciceron por el célebre orador Roscio, se halla un trozo relativo á la contabilidad por *DEBE* y *HABER*, y sobre los libros que usaban los romanos entonces, hay en él datos muy curiosos, por lo ménos para las personas que en el día se ocupan de contabilidad comercial ó administrativa. Así se sabe por él que publicaban los usuarios en Roma, que prestaban con réditos enormes, y que formaban entre ellos una especie de banco en que se imponía dinero y aun billetes.

Calon el Anciano, durante su censura, había prohibido la usura y el préstamo al 4 por 100 mensual; pero esta disposición, conforme con la ley orgánica sobre el préstamo, no fué puesta en ejecución.

Los usureros continuaron prestando al 34 por 100 en Roma y al 48 por 100 en las provincias. Solo entre amigos y personas honradas se prestaba al 12 por 100; pero el interés ordinario para con los extranjeros variaba desde 48 á 70 por 100.

Según las leyes romanas, cuando un acreedor quería recibir su dinero, tenía el deudor la facultad de depositarle en un templo designado para el efecto; este era una especie de caja de depósitos y consignaciones destinada á hacer cesar los réditos.

En Roma había préstamos públicos, y el interés de ellos estaba sujeto á frecuentes variaciones. Cuando los asuntos estaban embrollados, duplicábase algunas veces el interés.—El 4 de los ides de julio, escribe Ciceron, el numerario ha subido de repente del dinero 12 al dinero 24, es decir, del 12 al 24 por 100. Por consiguiente Roma toma deuda pública. Tratóse algunas veces, y particularmente bajo Julio César, de reducir los réditos del interés estipulado, es decir, de proceder á lo que hoy llamamos conversión de las rentas. Ciceron, en la ocasión aquella, le reconviene ágríamente por querer destruir con una banquerota la fé de la sociedad en los compromisos del Estado. El orador ilustró había hallado ya en su gènio, según se vé, una idea exacta y recta de lo que constituye la base principal de todo crédito público; pero aquella idea luminosa no fué traducida ni en práctica ni en teoría.

La extensión de la usura entre los romanos, la institución de templos equivalentes á nuestra caja de depósitos y consignaciones, la existencia de préstamos públicos, y por lo tanto, de una deuda pública, así como diferentes operaciones financieras, tanto de funcionarios del Estado como de simples particulares, hacen presumir ya que los principales elementos de la contabilidad eran conocidos entre los antiguos dueños del mundo.

Estas presunciones se convierten en certidumbre recorriendo atentamente las obras de sus historiadores, de sus oradores, y sobre todo de sus juriconsultos.

Ya en tiempo de Ciceron cada romano rico tenía un registro en el cual inscribía sus deudas y créditos, especie de *cuenta corriente* donde se estaba bajo el nombre de aquellos con quienes tenía negocios, y pasivo (*acceptum*), y el activo (*expensum*) de cada uno.

El *acceptum* era lo que había recibido, y por consiguiente lo que debía el Debe.

El *expensum*, lo que había gastado, es decir desembolsado, lo que se le debía, por consiguiente el Haber.

La contabilidad por *debe* y *haber* era pues perfectamente conocida entre los romanos.

Escribían bajo el nombre, como hemos dicho arriba. Para comprender exactamente toda la extensión de la expresión *nombre* y cuán rigurosa era, es preciso saber que el compromiso que se contraía por los nombres (*nominibus*) no podía ser empleado sino por y entre los ciudadanos romanos. Teniendo los extranjeros derecho de comercio, no podían contratar ni comprometerse del mismo modo.

Llamábanse nombres, ya sea la señal hecha por el sello que entonces representaba la firma, ya sea el recibo, ya la obligación misma como cuerpo material, y legal abstracción.

Nomina facere (Ciceron), hacer nombres, era contraer deudas del modo particular que podía contraerlas un ciudadano romano.

Habere pecuniam in nominibus (Ciceron), era tener dinero en los nombres, es decir, dinero impreso.

Transcribere nomen in alios (Tiro Livio), era hacer, ó el transferencia ó transporte de su recibo, como lo dicen los diccionarios latinos, sino el traslado de sus recibos, de sus nombres en general, mejor dicho, de sus cuentas.

In alios, se entiende libros (en el libro de comercio), es decir, transcribir del borrador que se llamaba *ADVERSARIUM*, al registro ó gran libro. Este está designado en la defensa de Ciceron, en favor de Roscio, por la palabra *transcriptura*.

Así como el Diario entre nosotros, el *transcriptum* ó gran libro de los romanos había fé en justicia. Debía, como nuestro diario, estar sin raspadura, porque era, propiamente hablando, el registro de su traslado, el libro legal. Efectivamente, antes de trasladar los artículos á este último, los romanos los sentaban como nosotros, en el borrador. Ciceron le designa por la palabra *ADVERSARIUM*, como quien dijera adversario, la intervención..... Ciceron en su defensa recoge las hojas volátiles, examina las raspaduras, etc.

El traslado al *transcriptum* se operaba por lo menos todos los meses. Ciceron llama *transcriptum* en singular al gran libro cuando estaba cerrado; *TRANSCRIPTIVUM*, este mismo gran libro cuando estaba abierto; entonces se servía del plural, porque realmente ofrece en once dos páginas á la vista, dos páginas transcritas. Por una parte el *acceptum*, el debe; por otra el *expensum*, el haber. En fin, como libros llevados en realidad por *debe* y *haber*, se les llamaba *Rationes* (cuentas), porque debían dar las razones y explicar todo lo que se había hecho entre las partes.

Y tal sería también el origen de la denominación del libro de razon ó gran libro, y de las palabras *razon social*, fulano de tal y compañía.

De la palabra *rationes* (cuentas), habíase sacado, en fin, en Roma la palabra *rationarium* para designar la cuenta general de gastos é ingresos, el gran libro, el presupuesto de la república. Así se habían deducido matemática y lógicamente para la administración, la guerra, el senado, el pueblo, los consejos y la hacienda, todas las prestaciones usales en Roma.

En lo concerniente á la contabilidad, cuando querían comprometerse por cierta suma en el *TRANSCRIPTIVUM* ó GRAN LIBRO, el ciudadano romano que quería contraer la deuda, escribía en su registro, en el *debe*, es decir, en el *acceptum*, haber recibido el dinero de aquel á quien tenía intención de constituir en acreedor suyo, mientras que por su parte, este último escribía en el suyo, en el *expensum*, es decir en los desembolsos, en el haber, en el crédito, como había dado esta misma cantidad á aquel que había convenido en ser deudor suyo.

En tiempo del juriconsulto Gayo, 101 años despues de J. C., se empleaban aun estos escritos *nummularii* ó *argentarii* (monetarios), ó en otros términos, los cambistas de Roma. Usábanlos tambien *trapezistas* por la tabla de madera sobre la cual estendían sus monedas y *mensarii*, para hacer alusión al interés mensual que percibían por la cantidad prestada, usaban los libros que acababan de citar. Estaban obligados á llevar su contabilidad por *debe* y *haber*, porque desempeñaban un ministerio público. *Quia ministerium sortum publicum habebat causam*, dice el Digesto. Un deudor podía, como en nuestros días, constituirse á otro, y entonces lo que se sentaba en el *debe* (*acceptum*) de un individuo, constituía, entre las mismas personas y de consentimiento propio, una nueva obligación reservada solo á los ciudadanos

romanos, y llamada *nomen transcriptivum* que se formaba así: (*nominibus transcriptivis*), por una simple variación, sustitución ó traslado. Este es el origen de nuestros endosos.

El *transcriptivum* fué adoptado después en grande escala para los endosos en las ciudades de la edad media. En Lyon se reunían las comerciantes en los vencimientos correspondientes á las cuatro grandes ferias, para asignarse unos á otros las cantidades que reciprocamente se debían; de suerte que por un simple movimiento de escrituras, una gran parte de las deudas se hallaba pagada. Cuando se verificó la revolución, existía aun el registro de traslados que constataba estas operaciones. Desapareció en el sitio de aquella ciudad.

Génova, Pisa, Florencia, Venecia, todas las ciudades de la grande Hansa del Norte practicaban estos endosos, que prestaban grandes servicios en una época en que las monedas eran muy variadas y de mala ley.

De 527 á 566, bajo Justiniano, la obligación llamada *transcription*, *nomen*, privilegio esclusivo de los ciudadanos romanos, habiendo caído completamente en desuso en Constantinopla, aquel emperador no dejó rastro alguno de ella en la legislación de las *Pandectas*.

Pasó pues totalmente al dominio público, y su práctica, como contabilidad, continuó usándose, con motivo de su sencillez, por los cambistas, obligados no obstante, y siempre por la ley, á establecer sus cuentas por *debe* y *haber* (Ulpiano, *fragmento IV*; Gayo, *fragmento I*; Cujas X). Los *nummularii* ó mayordomos privados de los ciudadanos, los agentes de negocios á quienes se confiaba dinero para hacer pagos, estaban obligados á rendir cuentas por *debe* y *haber*. Los registros llevados así podían ser producidos en justicia, no ya como títulos, puesto que no emanaban del mismo ciudadano romano, sino solo como documentos facultativos presentados al pretor ó juez, en virtud de su poder discrecional.

En cuanto al uso de la cuenta de débitos, de las cuentas *sustituidas* en la persona del *negociante* que constituyen aun mas íntegramente la usaduría de libros por partida doble, introdujose en la edad media en el Bajo Imperio, hacia el año 563, por los Judíos, con el fin de que fuese mas fácil encontrarse en los libros, para la percepción del impuesto establecido entonces sobre el resultado de las ganancias y pérdidas, en una palabra, sobre las rentas públicas. En efecto, el impuesto sobre la industria, el impuesto sobre las manufacturas, impuesto que se exigía cada cuatro años, el oro del dolor (así se le denominaba en tiempo de Plinio) era percibido con arreglo á los mismos libros.

Nuestro moderno sistema fiscal solo ha copiado al parecer este sistema romano; la ley de 1844 acerca de las patentes admite tambien ante el interventor la producción de libros de comercio para la evaluación del impuesto de las patentes, reservando no obstante respecto del fisco la facultad de fallar facultativamente.

El economista Portonuais en sus *Investigaciones y consideraciones acerca de la Hacienda desde 1595 hasta 1721*, dice que en 1807 un vecino de Brujas, llamado Simon Stewen propuso á Sully la aplicación de la contabilidad por partida doble para la hacienda pública, lo cual prueba que en aquella época estaba ya esparcida en toda Europa; Sully rechazó la oferta, ignorándose la causa que para ello tuvo.

EL HIJO DE LA TRISTEZA.

Cerca del torrente que murmuraba, estaba la Tristeza sentada y silenciosa; meditaba, y su mano modelaba una figura de arcilla.

—¿Qué has hecho ahí, Dios pensativa? la preguntó Júpiter.

—Nada mas que un simulacro, contestó ella; pero tú, señor, envíale un soplo de vida.

—¿Que viva y me pertenezca! exclamó el padre de los dioses.

—¡Oh, no!, interrumpió la Diosa; dejádmelo!

Entonces llegó la Tierra, y dijo:—Ese niño me pertenece, porque ha salido de mi seno.

—Esperad, repuso Júpiter, he aquí quien va á decidir nuestra contienda.

Era Saturno.—Que sea de todos vosotros, dijo el dios prudente y sabio, así lo quiere el destino. Tú, Júpiter, que le has dado la vida, recobrarás su alma después que muera.

Tú, oh Tierra, tendrás su cuerpo; no tienes derecho á mas.

Peró tú, Tristeza, que eres su madre, le poseerás mientras exista; nunca te abandonará, y se prolongarán sus sufrimientos hasta la muerte.

PENSAMIENTOS Y MAXIMAS.

El hombre mas feliz, es el que, sin pensar en la vida, habiéndolo contemplado esos espectáculos magníficos, el sol, el agua, las nubes,

el fuego, ha regresado presuroso al punto de donde viviera. Estos objetos, vive muchos ó pocos años, los verá siempre lo mismo, nunca mas bellos. Considera á lo que llaman tiempo como una fera estranjera, un sitio de emigración para los hombres: multitud, mercados, hadrones, juegos de azar, hosterías en que uno se detiene. Si partes tú el primero, tu viaje será el mejor, te vas con tu dinero y sin tener enemigos. El que tarda, parece después de haber enfrido, y envejeciendo con desgracias, está privado siempre de algo. Encuentra en algunas partes enemigos que le tienden lazos. No se sale de la vida por una muerte dichosa, cuando se permanece en ella mucho tiempo.

La sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interés, y no favorece, por el momento, sino los conocimientos de que tiene necesidad inmediata y urgente.

El espectáculo de la naturaleza es una máquina inmensa para los pensamientos del hombre. Las propiedades de los reyes; los instintos de los animales, el espectáculo del universo todos un velo que necesita levantarse, todo es un simbolo que es preciso adivinar, todo contiene verdades que traslucir, porque la vista clara no es de este mundo. Ese leño fastuoso de la creación, ese aparato de los cuerpos sembrados en el espacio como un polvo brillante, todo eso no es demasado para el hombre, porque este es un ser libre é inteligente, porque es un ser inmortal.

El espíritu forma como un vasto firmamento iluminado por todas partes con estrellas de diferentes magnitudes.

No dependerá de ti el emancipar tu vida de toda pena; pero si él levantar tu corazón de todo abatimiento. Por muy opuesta que te parezca á tus gustos la posición que el destino te ha dado, no te será fácil siempre variarla, pero siempre podrá resignarte á ella con la ayuda de tu razón.

Saber escuchar, es saber instruirse con todo el mundo.

El hombre no sabe bien sino lo que puede comunicar á los demás.

El mérito de esta vida es predecir la otra.

GEROGLIFICO.

